Carlos Matera e Isabel Arjona

Marlon

El camaleón daltónico

Ilustraciones de Matt



ANAYA

Marlon

El camaleón daltónico

Carlos Matera e Isabel Arjona

Marlon

El camaleón daltónico

Ilustraciones de Matt

ANAYA



1.ª edición: abril de 2018

© Del texto: Isabel Arjona y Carlos Matera, 2018
© De las ilustraciones: Carlos Matera (Matt), 2018
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2018
Basado en una idea original de Carlos Matera (Matt) © 2007
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-3495-4
Depósito legal: M-4306-2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española* publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para todos los valientes
que se atreven a mostrarse
tal como de verdad son.

Índice



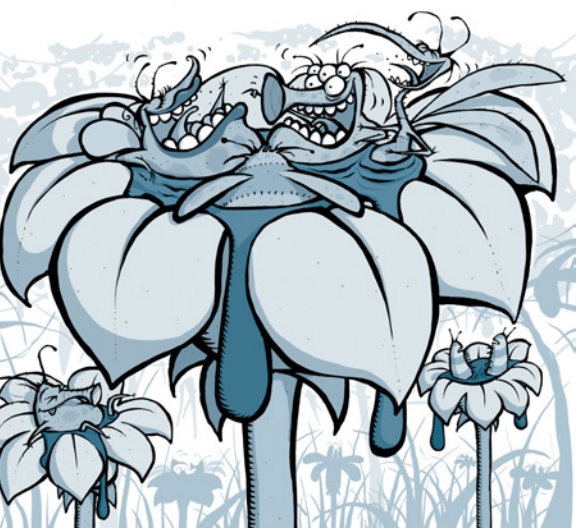
1. La boda perfecta 9
2. Colores equivocados 21
3. *Tutti frutti* 43
4. La mosca del valor 55
5. ¿Cuál es tu problema? 83
6. Zsa Zsa 95
7. Hojas de ceiba 104
8. La noche de «El Frondoso» 137
9. La bruma morada 151

Capítulo 1
La boda perfecta

Hay un lugar donde la selva comienza a hacerse más húmeda y espesa, donde crecen sin parar miles de plantas y flores enredándose unas con otras, haciendo que sea casi imposible entrar allí. En ese sitio, donde se mezclan todos los colores del mundo, viven millones de insectos de los más variados tipos, tamaños y formas: mosquitos espadachines, mariposas gigantes con seis antenas, moscas trompeteras de cien ojos y hasta orugas peludas de dos cabezas. Todos ellos disfrutan diariamente de un bufet libre infinito. Devoran los pétalos más tiernos, las plantas más sabrosas y crujientes, y nunca les faltan deliciosas frutas para el postre. Después, con la tripa bien llena, hacen la diges-



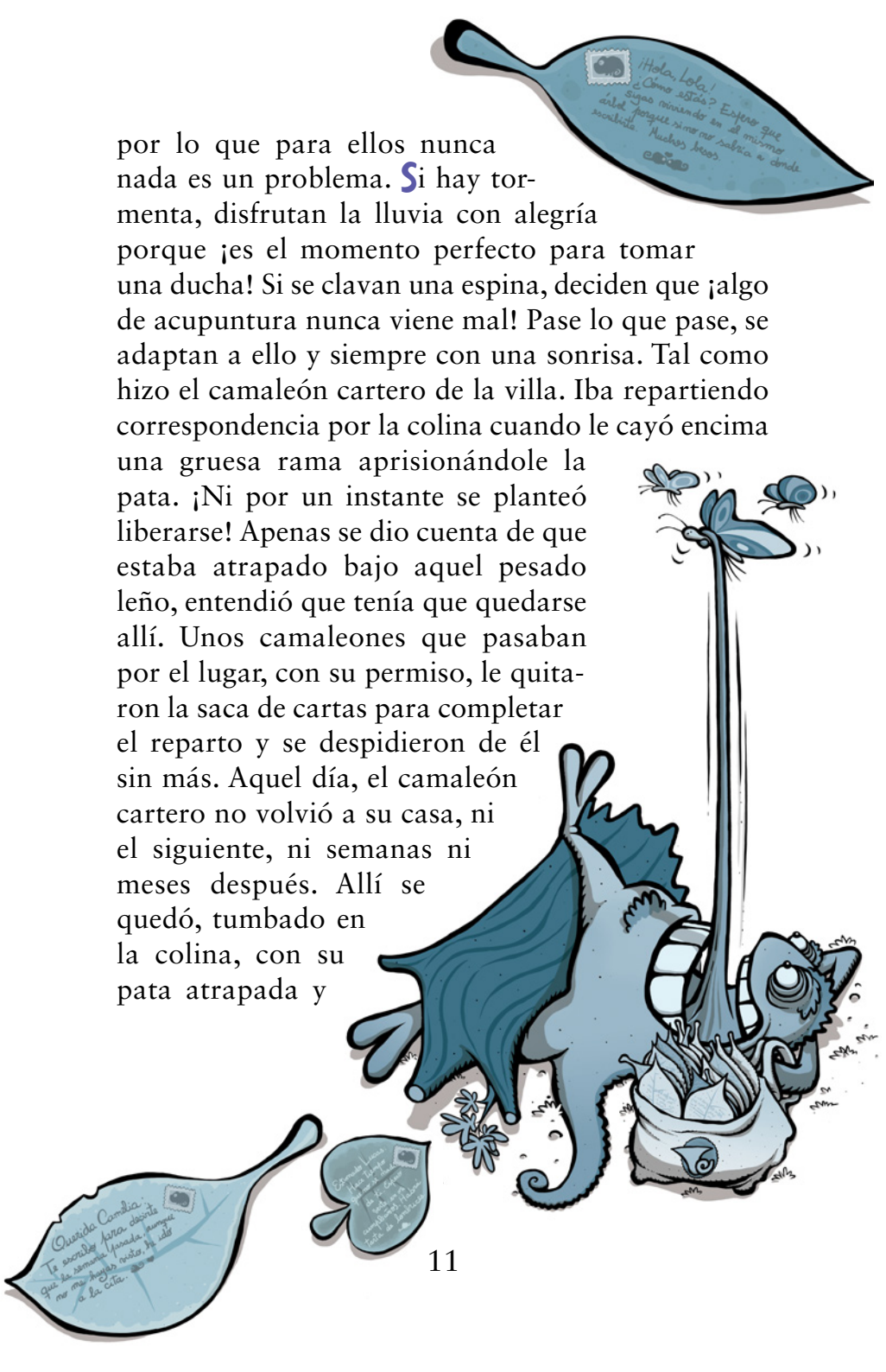
tión bañándose dentro de flores inundadas de néctar a modo de *jacuzzi.* Allí comparten interminables tertulias, en las que hablan de cosas de bichos, hasta que se les vuelve a abrir el apetito. Así viven completamente



felices en este «resort de lujo» para insectos, creyéndose los dueños absolutos del lugar, sin sospechar ni remotamente cuánto se equivocan... Cuando más confiados están, en el momento más inesperado, una pegajosa y larga lengua surge de la nada y, como si fuera un látigo, los atrapa y los hace desaparecer. Lo último que podrían imaginar esos incautos bichos es que conviven con una comunidad de camaleones perfectamente camuflada que los tiene de plato principal en su menú. Estos ingenuos insectos no saben que viven en Villa Camilion.

Los camaleones de la villa son tan pero tan buenos mimetizándose con el paisaje que llegan a alcanzar la invisibilidad absoluta. Hasta el punto de que si dos de ellos tienen una cita en una rama, aunque ambos acudan puntualmente, lo más normal es que nunca se encuentren. Y no solo son buenísimos camuflándose, sino que además esa capacidad suya de adaptarse al entorno también es la característica principal de su forma de ser. Se acomodan de inmediato a los cambios con una naturalidad apabullante,

por lo que para ellos nunca nada es un problema. Si hay tormenta, disfrutan la lluvia con alegría porque ¡es el momento perfecto para tomar una ducha! Si se clavan una espina, deciden que ¡algo de acupuntura nunca viene mal! Pase lo que pase, se adaptan a ello y siempre con una sonrisa. Tal como hizo el camaleón cartero de la villa. Iba repartiendo correspondencia por la colina cuando le cayó encima una gruesa rama aprisionándole la pata. ¡Ni por un instante se planteó liberarse! Apenas se dio cuenta de que estaba atrapado bajo aquel pesado leño, entendió que tenía que quedarse allí. Unos camaleones que pasaban por el lugar, con su permiso, le quitaron la saca de cartas para completar el reparto y se despidieron de él sin más. Aquel día, el camaleón cartero no volvió a su casa, ni el siguiente, ni semanas ni meses después. Allí se quedó, tumbado en la colina, con su pata atrapada y



comiendo cualquier bicho que se le pusiera a tiro. Ni él ni nadie se preocupó por ello. Esa es la naturaleza de los camaleones de Villa Camilion, aceptan las cosas tal como vienen y nunca dejan de sonreír. Es también así como se comportan socialmente: siempre se dan la razón unos a otros, jamás se llevan la contraria, se hacen la pelota sin parar y ni se les ocurre discutir sobre ningún tema. De este modo viven en permanente estado de cordialidad, sin ninguna preocupación ni el más mínimo sobresalto.

Amanece en Villa Camilion. Un importante acontecimiento está a punto de celebrarse. Cientos de camaleones desfilan por las lianas y las ramas de los árboles en dirección a la orilla de la charca. Llevan puestas sus mejores galas. Ellas lucen enormes pamelas hechas con pasifloras, hibiscos y plumarias de brillantes colores; ellos, unas pequeñas pajaritas de hojas de helecho. A medida que se van acercando al lugar, la bruma del alba se disipa y descubren que allí se encuentra un altar totalmente blanco, revestido de orquídeas, gardenias y pétalos de jazmín. Una preciosa camaleona, que lleva en su cabeza un tocado hecho con las mismas flores, acompañada de su novio y llena de ilusión, aguarda el comienzo de su boda con una sonrisa incamuflable. A su derecha, se encuentran los padrinos, y un poco más allá, las tres camaleonas del coro; dos de ellas muy gordas y una muy flaca, que van mimetizadas del mismo blanco jazmín. Suavemente comienzan a entonar la clásica canción de boda camaleónica acompañadas, como es costum-

bre, por un músico camaleón que toca una cala trompetera[1].

El más anciano de la villa preside la ceremonia. Es un camaleón más arrugado que una pasa, con una papada tan grande que en cuanto empieza a hablar le tiembla sin parar y no hay forma de dejar de mirarla, lo que hace muy difícil concentrarse en sus sabias palabras.

—La sagrada naturaleza nos dio el don de copiar los colores, y así nos dijo cómo vestirnos para cada ocasión.

Solo ha hecho falta que el anciano pronuncie una palabra para que todos los camaleones dejen de hablar y le atiendan en absoluto silencio.

—En la vida de un camaleón, todas las circunstancias son buenas: «Amor y dolor son del mismo color».

En ese momento, uno de los camaleones invitados, desde el fondo, da un grito de aviso:

—¡Bicho!

Automáticamente la música se detiene, el coro deja de cantar y todos los camaleones se camuflan.



[1] *Cala trompetera:* Instrumento de viento que florece en primavera. La melodía que produce esta flor al soplar por su tallo es muy suave y armoniosa. Su sonido siempre está presente en las bodas camaleónicas, es una tradición muy arraigada en Villa Camilion, no se concibe una boda sin ella.

Dado que estas flores brotan solo la cuarta semana de marzo, durante esos días en la villa no se hace otra cosa que celebrar ceremonias nupciales.



Una mariposa sobrevuela la ahora invisible multitud camaleónica. Aletea tranquilamente cuando contra ella impacta, como un látigo, una lengua larga y pegajosa que la atrapa. Inmediatamente se hacen visibles todos los camaleones, el coro vuelve a cantar, el músico trompetero reanuda su melodía y uno de los invitados disfruta masticando al infeliz insecto.

El viejo camaleón retoma su discurso:

—Porque si el camino es del bonito color de las rosas, rosa será. Pero si es negro..., ¡siempre será del más bonito negro!



De pronto, algo sacude los arbustos que bordean la charca. Alertados por ese extraño bamboleo de la vegetación, detienen de nuevo la música y vuelven a camuflarse desapareciendo de la vista... Por detrás de esas plantas, se dibuja la silueta de una inmensa serpiente que se detiene unos segundos y luego sigue su camino.

El anciano orador, al ver que la víbora se aleja, reanuda su discurso, aunque susurrando y sin reaparecer de momento. El coro sigue con su canción, pero entonándola bajito. Poco a poco, todos los camaleones vuelven a aparecer.